

La ciudad y la huerta

Salvador Calatayud Giner

«Fue esa sensación de infancia, ese deleite en hacer que las cosas creciesen, lo que volvió a despertarse en Inglaterra cuando vi las parcelas de hortalizas a las afueras de las ciudades, junto a las vías del tren. Atribuí a las personas que trabajaban en esas parcelas algo de lo que sentía yo cuando de niño plantaba mis semillas de cereales; la sentía igualmente antigua, esa emoción, esa necesidad, sobreviviendo aquí, en Inglaterra, el primer país industrial, sobreviviendo en el corazón de los habitantes de las ciudades industriales más feas y repetitivas de la época victoriana, sobreviviendo como las malas hierbas que crecen a la luz artificial y con el aire contaminado de las terminales de ferrocarril, creciendo en la grava grasienta entre los raíles, casi contra los parachoques»

V.S. Naipaul, *El enigma de la llegada*

1. INTRODUCCIÓN

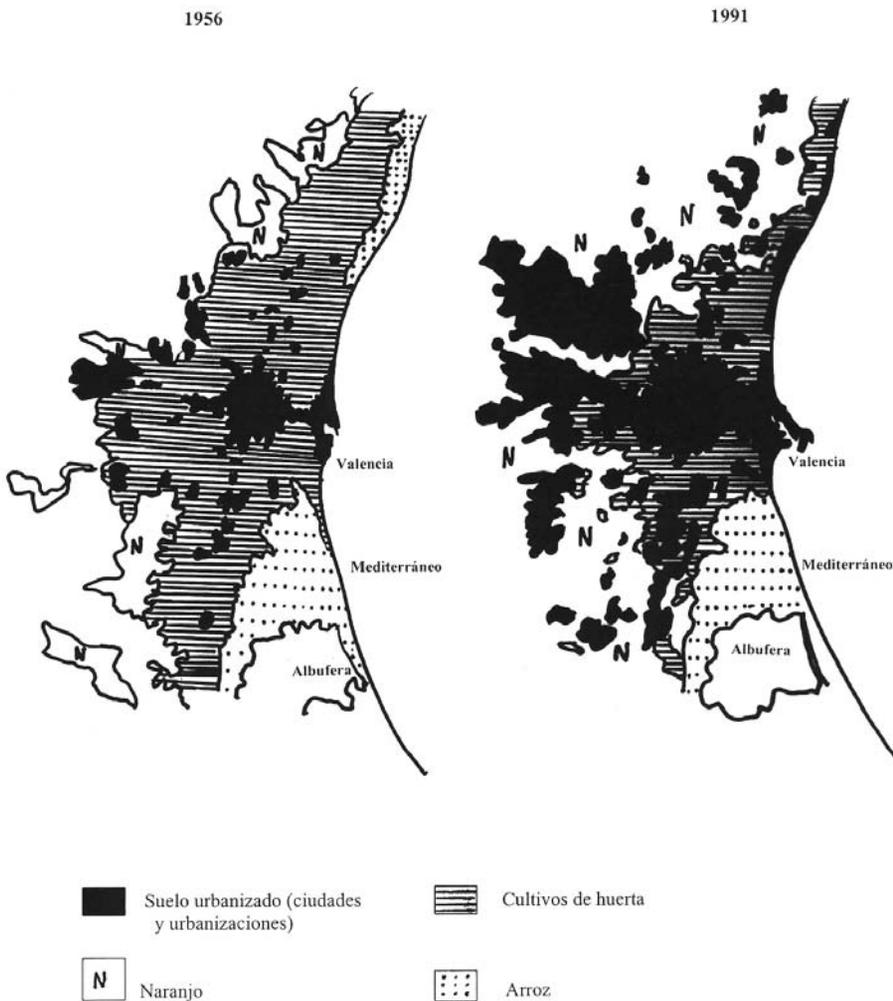
La ocupación de tierras agrícolas periurbanas por las ciudades en crecimiento es un fenómeno universal y familiar para todos. También lo son esos espacios mixtos y ambiguos que surgen de aquella ocupación y que evoca el escritor caribeño al llegar a Inglaterra. Muchas veces, esos terrenos restados a la agricultura se cuentan entre los más fértiles como consecuencia de una larga historia de producción orientada a los inmediatos mercados urbanos. Aun así no han escapado a la crisis que ha afectado a numerosos paisajes agrarios en el mundo durante el último medio siglo. La pérdida de valor de la tierra como soporte agrario en relación con su dedicación urbana o industrial

Fecha de recepción del original: Octubre de 2004. Versión definitiva: Febrero de 2005

■ *Salvador Calatayud es profesor titular de Historia e Instituciones Económicas en la Facultad de Economía de la Universidad de Valencia. Dirección para correspondencia: Departamento de Análisis Económico, Facultad de Economía, Avenida dels Tarongers, s/n, 46022 Valencia. salvador.calatayud@uv.es*

es, obviamente, el factor central en este proceso. En las décadas recientes esa pérdida se ha acentuado. La globalización del sistema alimentario vuelve irrelevantes las producciones que en el pasado se desarrollaron alrededor de los centros consumidores. Lo que aparece en los estantes del supermercado apenas tiene relación con los campos inmediatos a la ciudad (Hough, 1995: 203; Fumey, 1997: 280).

EVOLUCIÓN DEL USO DEL SUELO EN EL ÁREA METROPOLITANA DE VALENCIA



Fuente: BIOT (1998), pp. 26-27. Elaboración propia.

La Huerta de Valencia se encuentra, en el momento actual, en una etapa avanzada de un proceso que otras ciudades han conocido con anterioridad¹. Intensamente aprovechada de forma ininterrumpida desde hace siglos por la agricultura y en estrecha relación con la ciudad que se enclava en su centro, este espacio ha constituido una de las huertas más destacadas del mundo mediterráneo. Con 7.350 hectáreas de regadío a mediados del siglo XIX y 3.400 en estos momentos², ha sido también un área densamente poblada: en la actualidad, unos 45 municipios y la ciudad de Valencia reúnen aproximadamente millón y medio de habitantes. Si la configuración del ámbito rural se ha visto siempre influida por la proximidad urbana, en el último medio siglo la huerta ha sido la gran perdedora en el proceso de desarrollo económico de la aglomeración. Ello se ha traducido en la reducción y la degradación del uso agrícola de este territorio³.

La huerta fue, históricamente, un componente destacado del imaginario de la ciudad de Valencia. Cuando comenzó a dejar de serlo porque la agricultura perdió la centralidad económica y social, la huerta continuó presente en la vida urbana. En cualquier punto de su perímetro, la ciudad crecía mediante la ocupación de tierras de huerta. Por ello, durante generaciones, centenares de miles de ciudadanos habitaron con algún elemento de la antigua huerta al alcance de su vista. Jirones del paisaje agrario invadido subsistieron -y subsisten- entre calles, edificios y parques. No son raras las parcelas de huerta rodeadas totalmente por el medio urbano, o alquerías con sus tierras que resisten mientras la trama urbana las deja atrás en su avance. Árboles que antes jalonaron un camino rural se han incorporado a los jardines o a las aceras de la ciudad. Solares donde conviven los escombros y los automóviles estacionados, muestran alguna huella de la parcela de huerta que fueron. Incluso en el subsuelo, las acequias enterradas o entubadas siguen su curso entrecruzadas con el resto de canalizaciones e infraestructuras de bajo tierra para resurgir al otro lado de la ciudad sobre tierras que han regado durante siglos. La «frontera» urbana ha avanzado y avanza sobre estos intersticios.

Más allá de esa frontera, en el campo que pronto será asfalto, el espacio es todavía más híbrido. En lugar de la huerta rodeando por todas partes los pequeños núcleos habitados y la propia ciudad, como en el pasado, ahora vemos, en las fotografías aéreas, islas de campo rodeadas por el empuje urbanizador de casi cincuenta municipios. La huerta aparece partida, troceada, interrumpida por vías de comunicación ajenas al territorio que recorren. El viejo entramado rural subsiste sólo coloreado por edificios de muy diversa especie y, en ocasiones, repartidos con la arbitrariedad que ha propiciado la falta de planificación global de este territorio. Y las parcelas en cultivo, de las que no se ha borrado el aspecto feraz que ha sido tópico a lo largo de la historia, conviven con obje-

¹ Véase el caso de Milan, cuyo crecimiento se produjo, como en nuestro caso, sobre un área agrícola de regadío de elevada productividad. BOLCHINI y LORANDI (1982).

² SANCHIS (2004), p. 121. La cifra total depende del área que englobemos en la huerta. Si se contabiliza también el perímetro de la acequia de Montcada, hay que añadir a las cifras del texto 4.000 has. a mediados del siglo XIX y 5.500 en la actualidad. Para una cartografía exhaustiva de las actividades humanas del Área Metropolitana de Valencia y abundantes datos de la segunda mitad del siglo XX véase TORTOSA (1994).

³ Sobre el contexto socioeconómico del regadío: CALATAYUD, MILLÁN y ROMEO (2003). Un estudio geográfico en relación con el resto del regadío valenciano, en COURTOT (1992).

tos extraños, en ocasiones incomprensibles: vehículos abandonados, armazones oxidados, materiales de construcción sobrantes, escombros ilegales, contenedores⁴. Muchos caminos rurales finalizan abruptamente y no llevan a ninguna parte, mientras se pueden ver surcos con hortalizas al pie mismo del muro exterior de una fábrica.

Aquí, como en todas partes, el avance urbano ha desestructurado el espacio rural invadido: segmentación de explotaciones e infraestructuras agrarias; dificultades de movilidad para agricultores, animales y máquinas; encarecimiento del suelo que limita su adquisición para destinarlo al cultivo; incertidumbre sobre la continuidad de la explotación. Y, sin embargo, allí donde todavía existen fragmentos de huerta de cierta extensión, si el observador consigue abstraerse de todos los elementos extraños al agro, aparece el paisaje agrícola que llamó la atención de viajeros y observadores durante siglos (Ardit, 2004; Rosselló, 2004; Courtot, 2004). Uno de ellos, Jaubert de Passá escribió al avistar la huerta en 1819: « Nous sommes enfin parvenus dans la contrée la plus riche, la mieux cultivée et sans contredit aussi la plus intéressante de la Péninsule...». En ella se ha practicado una de las agriculturas más intensivas de la península y se ha desarrollado una sociedad rural con experiencias peculiares. No es extraño, pues, que asistamos hoy a un interés creciente por parte de ciudadanos e historiadores hacia esta realidad histórica, en el momento mismo en que parece avanzar de forma inexorable hacia su desaparición.

En los últimos años, los medios de comunicación valencianos se han hecho eco de una movilización ciudadana en defensa de este espacio rural. El fenómeno ha tenido varias manifestaciones: un movimiento activo y bastante eficaz en la difusión de sus demandas, denominado *Per l'horta*⁵; la implicación de especialistas del mundo universitario pertenecientes a disciplinas muy diversas; el pronunciamiento de organismos oficiales consultivos como el *Consell Valencià de Cultura* (Dictamen, 2004); el debate público en las páginas de los diarios; y, simultáneamente, la publicación de una serie de trabajos que desarrollan diferentes ópticas del problema. La cuestión no ha dejado de estar de actualidad, aunque no puede decirse que haya sido una preocupación central para la mayoría de los ciudadanos⁶.

La protesta, sin embargo, no ha cesado. La actuación más ambiciosa del movimiento *Per l'Horta* fue, sin duda, la presentación en 2001 de una Proposición de Ley Reguladora del Proceso de Ordenación y Protección de l'Horta de Valencia como Espacio Natural Protegido, tramitada como Iniciativa Legislativa Popular que avalaban

⁴ A principios de los años noventa existían en el Área Metropolitana unos 870 vertederos incontrolados; TORTOSA (1994), p. 341.

⁵ Véase la página www.perlhorta.org

⁶ El propio Ayuntamiento de la ciudad promovió durante los años noventa algunas iniciativas relacionadas con la huerta. Así, la celebración en 1993 de un Seminario internacional cuyas actas se publicaron en el contexto de la elaboración de un Plan Verde de la ciudad. Una de las sesiones estuvo dedicada, precisamente, a la protección de la huerta y se contó con ponencias referidas a otros espacios periurbanos que han sido objeto de estudio para su protección, como la vega de Granada o el parque agrotecnológico de Sabadell. Sin embargo, más de diez años después, todo ello no ha tenido ninguna traducción práctica en cuanto a decisión política para frenar el deterioro de la huerta. Véase SEMINARIO (1994).

millares de firmas. La mayoría parlamentaria de las Cortes valencianas, del Partido Popular, ni siquiera la aceptó a discusión y, por tanto, la iniciativa no tuvo ninguna consecuencia institucional. En cambio, es difícil negar que la conciencia ciudadana sobre este problema, cualquiera que haya sido su alcance, ha tenido en este movimiento su principal motor.

Esta preocupación y la propia configuración del movimiento tienen su arraigo en la ciudad, mientras los agricultores en activo se han implicado menos en él. En cierto modo, se trata de una manifestación de ese «malestar urbano» que, a lo largo de los años noventa, ha salpicado el espacio público de la ciudad con diversas protestas ante actuaciones urbanísticas nada respetuosas con el patrimonio colectivo (Sorribes, 2001). Para el movimiento cívico, la preservación de la huerta supone la defensa de un paisaje peculiar y poco común en el continente europeo⁷. Si bien la práctica agrícola es la condición misma de su existencia, los valores paisajístico y cultural son centrales desde esta perspectiva.

El objetivo de la presente nota es doble. Por un lado, repasar las publicaciones que, en los últimos años, han aparecido sobre la huerta. Los trabajos que comentaremos son de orientación y valor muy diferentes y, perteneciendo mayoritariamente al campo de la geografía, en ellos está ausente una visión de historia agraria en sentido estricto. Sin embargo, proporcionan claves para explicar múltiples aspectos del pasado agrario de la zona⁸. Por otro lado, este comentario pretende también dar a conocer la cuestión de la huerta más allá del espacio valenciano en el que hasta ahora se ha desarrollado el debate público. En buena medida, lo que sucede aquí no es sino una manifestación más de la crisis del mundo rural en las sociedades avanzadas, que obliga a cuestionarnos el modo en que deseamos preservar las huellas culturales dejadas por siglos de trabajo agrícola.

2. CONOCER PARA MOVILIZAR: LA HUERTA DE LA PUNTA

Las amenazas recientes sobre el espacio hortícola han sido más visibles en determinados lugares y, especialmente, en uno de ellos que ha atraído el interés de los medios de comunicación así como las protestas de los afectados. Se trata del paraje de La Punta, sobre el que ha comenzado a extenderse el área logística del puerto de Valencia. A este ámbito se ha dedicado un libro que es el mejor ejemplo de una obra concebida en el espacio académico con propósito de intervención urgente en el debate

⁷ En la clasificación llevada a cabo por la Agencia Europea del Medio Ambiente de los paisajes del continente queda de manifiesto la excepcionalidad de estos espacios de huerta tradicional de horticultura intensiva, de los que se señalan tan sólo seis casos: además de las huertas del litoral valenciano y las de Murcia, aparecen tres en el litoral italiano y otra en la zona occidental de Grecia; AGENCIA (1998), p. 176.

⁸ No se incluyen en este repaso trabajos de primer orden que han sido ya reseñados en esta revista, como la renovadora visión sobre el arrendamiento en la huerta de MODESTO (1998) (reseña de la correspondiente tesis de licenciatura en el número 14) o el estudio de ARCHILÉS, MARTÍ Y MARTÍ (1995) sobre la evolución política de una parte de la huerta durante la Restauración (reseña en el número 12). Tampoco otros trabajos de historia social como el de BURGUERA (2000).

público (VV.AA., 1999). El libro atiende a cuestiones medioambientales e histórico-geográficas y permite conocer mejor la huerta a través de esta reivindicación razonada de ella. Es, por tanto, una buena forma de iniciar nuestro recorrido por la literatura sobre el problema.

La Punta era un área de huerta con peculiaridades acentuadas. Situada al sur de la desembocadura del Turia y delimitada por el río, el mar y la Albufera, se trataba de un espacio nacido de la transformación del marjal. La denominación histórica que ha tenido -francs, marjals i extremals- sintetiza bien su carácter: zona pantanosa en origen (aunque acentuada por la acción antrópica de las acequias que allí desembocaban), donde los campesinos que se establecían estaban exentos del diezmo y donde el agua disponible procedía de los sobrantes en el extremo final de diversas acequias de la huerta que canalizaban también aguas residuales de la ciudad. Su pasado está emparentado con otras áreas pantanosas del litoral mediterráneo que fueron ganadas para la agricultura. La comparación con zonas palustres del Languedoc o con el Pla de la ciudad de Ibiza es planteada en el libro (González, 1999). En nuestro caso, la desecación se inició durante la Edad Media y dejó su huella en la forma del parcelario, concebido para drenar el agua con eficacia, y en la red de acequias, que combinaba la función de dar salida al excedente hídrico con la de conducir el agua para el riego de las explotaciones.

Sucesivas oleadas de conquista del marjal siguieron a la producida en el siglo XIV y fueron reduciendo esta reserva de tierra yerma tan cercana a la ciudad (Ferri y Sanchis, 1999). La colonización no escapó a esa dificultad para asegurar el espacio ganado al agua que es propia de estos ambientes, y en diversos momentos hubo que rehacer obras de drenaje deterioradas o destruidas. Con cierto retraso respecto a la ocupación agraria del suelo avanzó también la población de este territorio. Así, las construcciones dispersas comenzaron a salpicar el campo hasta que, en el siglo XIX, este hábitat se hizo más denso. Al comenzar el novecientos, en un área de 2 Km². cuadrados se contaban 100 casas y 115 barracas, todas ellas de carácter agrario y situadas en las mismas explotaciones. Se acabó así de configurar el paisaje definitorio de la huerta que incluye ese patrimonio arquitectónico: la reducción actual de la huerta es, por tanto, más que una simple ocupación de tierras de labor ya que implica la desaparición de aquellas construcciones.

El libro que comentamos reafirma el carácter artificial, cuidadosamente construido, de este paisaje agrario. Una construcción derivada, paradójicamente, de la expansión de la propia ciudad de Valencia (que impulsaba la colonización o aportaba sus aguas sobrantes) y que ahora se ha convertido en su principal enemigo. A este proceso de creación de huerta, que ha durado siglos, ha sucedido otro de destrucción mucho más acelerada. En la década de 1960, la excavación de un nuevo cauce para apartar el río Turia del centro de la ciudad implicó, como para toda la huerta sur, un impacto de grandes proporciones: además de la importante pérdida de tierra cultivada, se vieron alteradas las redes de acequias y de caminos rurales. Una verdadera desestructuración que se prolongaría con la degradación derivada del desarrollo urbano de la segunda mitad del siglo, que ubicó en La Punta servicios e infraestructuras como los talleres de Renfe, la depuradora de Pinedo, el mercado de abastos de la capital o la autopista de El Saler.

Pese a todo, hasta mediados de los noventa, la extensión de huerta que subsistía mantuvo los elementos agrarios y paisajísticos característicos, aun en convivencia con los elementos urbanos o industriales omnipresentes. La Punta seguía siendo un ámbito destacado y valioso de la Huerta. Sin embargo, la reciente expansión del área de servicios del puerto de Valencia ha acabado con toda posibilidad de preservación. Esta iniciativa había ido precedida por la conversión de muchas parcelas en depósito de contenedores al aire libre, que ha dado lugar a esas murallas de hierro que son hoy el elemento más visible del paisaje.

La desaparición en ciernes de este espacio agrícola peculiar ha estimulado una perspectiva mediambiental sobre el problema⁹. En los últimos años se ha comenzado a concebir La Punta como un territorio de transición entre la ciudad de Valencia y una Albufera convertida ya en Parque natural. Desde esta óptica, el mantenimiento del uso agrícola cumpliría la función de amortiguar el impacto urbano e industrial sobre el Parque, posibilidad que contempla la legislación española sobre espacios naturales (Lacomba y Ull, 1999). Como ecosistema agrícola, además, La Punta presenta características que la hacen representativa del conjunto de la huerta y, por tanto, justificarían su preservación. En principio, se trataría de un ecosistema agrícola industrializado de alto rendimiento, en el cual las entradas secundarias de energía, en forma de combustibles fósiles y productos químicos, son muy importantes. Pero, junto a estas aportaciones exteriores, el modelo productivo de la huerta ha desarrollado históricamente rasgos que le confieren una peculiaridad acentuada y un cierto interés para los preocupados por la sostenibilidad de la actividad agrícola (Biot, 1998). Estos componentes subsisten hoy sólo parcialmente. El principal sería la diversidad de las bases biológicas de esta agricultura, alejada del monocultivo y que combina un arbolado muy seleccionado y dispuesto en pequeños grupos en los límites de las parcelas, con numerosos cultivos hortícolas que se suceden en la tierra en el curso del año. La rotación de cosechas ha sido, históricamente, uno de los fundamentos de este sistema y se ha plasmado en un gran abanico de opciones locales y vinculadas a la estrategia productiva de los cultivadores. A ello se añade la presencia de cercados arbustivos con valor ecológico y la vegetación espontánea -especialmente cañaverales- en las orillas de las acequias. Es preciso considerar que la biodiversidad acumulada por el trabajo humano durante siglos en la huerta, ha sido el fundamento de la elevada productividad de este espacio agrícola (Domingo, 1999). Por el contrario, un rasgo histórico central en esta agricultura como era el abundante uso de fertilizante orgánico (que incluía los desechos urbanos de Valencia, cuya recogida y aprovechamiento llevaban a cabo los propios agricultores y sus familias¹⁰) ha desaparecido sin posibilidades de reimplantación, lo que evidencia uno de los límites a los que se enfrenta el desarrollo de la agricultura ecológica.

⁹ Sobre la percepción social de la evolución medioambiental de la huerta, lo que los autores denominan, tal vez con excesiva imaginación, «conflictos socioecológicos», véase CABREJAS Y GARCÍA (1997)

¹⁰ Un estudio de las prácticas de recolección de estiércol y desperdicios con destino a la fertilización de la huerta y en relación con la higiene pública y privada de la ciudad puede encontrarse en BURGUERA (2000), pp. 122 y ss.

3. DE HUERTA A JARDÍN URBANO

La creación de nuevos parques en barrios periféricos de la ciudad ha motivado, en los últimos años, cierta atención por la memoria histórica del territorio que ocupan. Sobre el terreno, los jardines han integrado algún edificio significativo de la antigua huerta y han recreado elementos del paisaje agrícola tradicional. Todo ello de forma muy difusa y aislada, apenas una señal del complejo sistema agrario que una vez existió allí. Un esfuerzo casi insignificante con el que el Ayuntamiento de la ciudad no puede borrar lo que ha sido la política hasta hoy mismo: la falta de voluntad para proteger la huerta que todavía existe. Al dejar la huerta real en manos de especuladores y diseñadores de infraestructuras, estos elementos recogidos en los jardines se vuelven una evocación retórica del pasado. Más aún: el recuerdo tenue de la historia serviría para ocultar la eliminación de lo que todavía subsiste de ella.

No obstante, la iniciativa ha ido acompañada de publicaciones sobre el pasado de esos parajes donde se han levantado los parques. De momento, ello ha dado lugar a dos excelentes libros debidos a especialistas y editados por el propio Ayuntamiento (Mangue, 2001; Algarra, 2003). Ambos incluyen un testimonio gráfico riquísimo, en forma de fotografías históricas y actuales, así como planos y cartografía esclarecedores de la compleja evolución histórica de estos fragmentos de la huerta. Al propio tiempo, estos libros ofrecen un catálogo del patrimonio arquitectónico rural que todavía subsiste, lo que puede ayudar a configurar una conciencia cívica acerca de su preservación.

Dejaremos para los apartados siguientes la obra de Mangue y nos ocuparemos aquí del más reciente de los textos. Está dedicado a la huerta de Favara o de Patraix, hoy parcialmente ocupada por la expansión urbana y que en el pasado se extendía a pocos kilómetros al sur de la ciudad. El estudio detallado de este territorio que llevan a cabo los diversos colaboradores del libro permite añadir nuevas revelaciones a nuestro conocimiento de la historia agraria de la huerta. Así, por ejemplo, se nos muestra la cuidadosa inserción que la red de acequias ha desarrollado históricamente en la topografía y la hidrología de cada área (Sanchis y Ruiz, 2003). La Rambleta, un curso natural que atravesaba este paraje (y sobre el cual se ha levantado el parque que lleva su nombre) servía de drenaje del sistema de canales de riego, al tiempo que permitía dar salida a las aguas estancadas en algún punto y ganar así terrenos para el cultivo. La circulación del agua por gravedad, que evitaba el uso de energía externa, y las limitaciones que en el terreno de la ingeniería hidráulica han tenido históricamente los regadíos construidos por los propios regantes, han dejado su huella en lo que son, sin embargo, complejos sistemas que aprovechan al máximo las peculiaridades favorables del espacio en el que operan. Ello ha dado lugar a las características históricas del regadío mediterráneo, sostenido sobre mecanismos frágiles y en continua reelaboración pero eficientes en la captación de los limitados recursos hídricos.

Siendo un espacio rural, la huerta se ha visto encuadrada de forma especial por su proximidad a la gran ciudad. Las vías de comunicación que confluían en la capital, por ejemplo, la atravesaban en diversos lugares. Estos caminos, dispuestos radialmente y diferentes de las veredas y sendas de uso rural, han sido un componente importante de

la economía agraria de esta zona: facilitaban el transporte y el comercio y contribuían, por ello, a la imbricación del campo y la ciudad. Al mismo tiempo, en torno a ellos aparecieron establecimientos y viviendas y, con el tiempo, a partir de ellos se iniciaría la expansión urbana y la consiguiente merma de las tierras de labor.

La división administrativa de este espacio también ha evolucionado a la sombra de la ciudad (Algarra y Berrocal, 2003). El hecho tal vez más significativo fue, sin duda, la desintegración en el siglo XIX de la Particular Contribución que, desde la Edad Media, situó buena parte de la huerta bajo el dominio de la ciudad de Valencia. Durante el siglo XIX núcleos de población como Patraix obtuvieron su independencia municipal, lo que sancionaba en ocasiones la preeminencia de élites locales ligadas a la explotación agrícola y, a su vez, abría nuevas posibilidades de consolidación social, basadas en el acceso a los mecanismos de poder en las nuevas entidades municipales. Independientemente de las divisiones fijadas por la administración, sin embargo, ha existido una delimitación ligada a la experiencia cotidiana de los habitantes del mundo agrario: las partidas rurales, con sus denominaciones, han seguido identificando este espacio para los agricultores e incluso para los ciudadanos de las áreas urbanas recientes cuyas calles finalizaban todavía en las parcelas agrícolas.

La propia evolución de la agricultura practicada en la huerta -cuestión a la que el libro presta, por cierto, muy poca atención- fue añadiendo nuevos rasgos al paisaje. El aumento de las necesidades hídricas para una agricultura intensiva que se expandía territorialmente, exigió desde la segunda mitad del siglo XIX el aprovechamiento de las aguas subterráneas, que se añadieron así a las que canalizaban las acequias tradicionales. Ello hizo emerger, entre el verde de los cultivos, altas chimeneas de aspecto industrial allí donde se empleaban máquinas de vapor para elevar el agua de los pozos (Algarra, 2003). Por su parte, los cambios en los cultivos se reflejaron en los elementos construidos en el paisaje. Así, por ejemplo, la gran difusión del cultivo de la cebolla desde finales del siglo XIX hizo aparecer en esta parte de la huerta un tipo particular de construcción destinada a almacenar la cosecha, semejante a los hórreos gallegos y que todavía puede encontrarse en determinados lugares en diferentes estado de conservación. Por el contrario, apenas quedan rastros de las numerosas balsas para curar el cáñamo que poblaron la huerta en el siglo XIX y que desaparecieron con el propio cultivo desde mediados de dicha centuria.

El hábitat rural, en el que coexistían casas, alquerías y barracas, evolucionó. Los cambios guardaron relación con la transformación agraria, pero ésta es una cuestión que apenas han rozado los textos que se han ocupado de la arquitectura rural. Las precarias barracas dejaron paso a edificios de construcción más sólida cuando el labrador alcanzaba recursos suficientes para acometer el gasto¹¹. Mientras, las casas y alquerías se poblaron de edificios anexos que testimonian nuevas necesidades agrícolas o de habitabilidad. O bien aparecían, junto a las alquerías, pequeñas casas destinadas a los arrendatarios, lo que reflejaba, sin duda, cambios en los sistemas de explotación y en las estrategias de los propietarios.

¹¹ Véase la reedición de dos textos de la primera mitad del siglo XX que apuntaban los factores que provocaron el retroceso de esta construcción: GOSÁLVEZ (1998).

La arquitectura rural de la huerta (de la que no teníamos un estudio sistemático desde 1943) ha suscitado también monografías de gran interés en los últimos años. La más ambiciosa es la dirigida por Miguel del Rey (2002) y en ella se puede seguir el modo cómo se han reflejado en la morfología del hábitat las prácticas agrarias y la misma sociedad rural. El territorio de la huerta está poblado de construcciones rurales, pero éstas corresponden a épocas y propósitos distintos. Hay alquerías señoriales y burguesas en el centro de explotaciones que tuvieron un cierto tamaño antes de ser subdivididas, pero abundan más las casas de menor porte, mientras las barracas donde habitaban los arrendatarios menos acomodados prácticamente han desaparecido. La mayoría son edificios que muestran en su dotación las huellas del policultivo que dominó la agricultura de la huerta: graneros, depósitos para cebollas, andanas para criar gusanos de seda, instalaciones para secar tabaco, almazaras y corrales. En algunos lugares, en el margen mismo de la huerta y el secano, surgió un tipo de construcción ligada a un modelo agrícola diferente. Desde finales del siglo XIX proliferaron, particularmente en las proximidades de Picanya, los huertos de naranjos (Besó, 1999). Aquí el monocultivo en explotaciones mayores que las de la huerta, se acompañó de la edificación de casas donde la función agrícola convivía con la residencial, que acabó por predominar visualmente. Se trata de edificios de gran prestancia, lujosos en ocasiones, destinados a representar la preeminencia de una burguesía que las utilizaba tan sólo como residencia estival. Las instalaciones incluían aquí un elemento en buena medida ajeno a la huerta¹²: la casa para el motor y el pozo destinados a extraer agua para el riego de los cítricos.

4. LOS CAMINOS DEL AGUA

En la agricultura de la Huerta el riego es el componente técnico central y, en el paisaje, la red de acequias destaca como uno de los elementos más visibles e influyentes. Se trata de un entramado extraordinariamente denso en tanto está destinado a llevar el agua hasta un mosaico de parcelas de reducido tamaño y muy numerosas. Las sucesivas derivaciones a partir de los canales principales forman esa trama ordenada recorrida por el agua que contribuye a organizar el espacio agrario, tal vez en mayor medida que cualquier otro rasgo.

Sólo recientemente la infraestructura hidráulica que ha hecho posible el riego ha comenzado a ser valorada como patrimonio histórico. Ello sucede en el mismo momento en que el regadío tradicional y todas las prácticas ligadas a él están a punto de desaparecer: con la incorporación del riego localizado en los viejos perímetros, no sólo resultan superfluas las mismas acequias y canales sino también las prácticas comunitarias que, durante siglos, han regido el reparto del agua. Todo un mundo está, por tanto, a las puertas de la extinción¹³. Algunos autores habían llamado la atención sobre el patri-

¹² En el paisaje agrario del regadío valenciano, los términos huerta y huerto tienen significados diferentes. La primera designa las tierras regadas con aguas superficiales en la que predominan las pequeñas parcelas abiertas. Los segundos son unidades de mayor tamaño, con frecuencia cercadas, regadas con aguas subterráneas y dotadas de las instalaciones necesarias para ello.

¹³ Ello afecta también a un elemento simbólico para ciertas representaciones identitarias de lo valenciano como es el Tribunal de las Aguas. La escenificación que este tribunal realiza semanalmente

monio implicado en ese mundo y habían dedicado estudios a los embalses antiguos (López Gómez, 1987) o a evaluar las implicaciones de la modernización de los regadíos históricos (Marco, Mateu y Romero, 1994). Pero no había habido hasta ahora una acción publicística institucional que impulsara la elaboración de inventarios a cargo de especialistas, historiadores y geógrafos. La labor está todavía en sus inicios, a pesar de la publicación de seis volúmenes (Guinot, 1999 y 2000; Guinot y Selma, 2002 y 2003; Hermosilla 2002 y 2003), porque, por fortuna, los trabajos son exhaustivos y rigurosos. No falta la descoordinación, ya que los citados textos pertenecen a dos colecciones distintas, publicadas por diferentes Consellerías: la de Cultura y Educación edita la colección «Regadíos históricos valencianos», mientras la de Agricultura ha optado por la serie «Camins d'aigua. El patrimonio hidráulico valenciano». En ambos casos las obras son de gran riqueza gráfica y contienen una información nunca reunida hasta ahora que las convierte en libros de referencia. Sin embargo, estos textos apenas prestan atención a la agricultura desarrollada a partir de estos sistemas hidráulicos. La valoración como patrimonio cultural deja fuera lo que constituye el destino final de esa movilización del agua: su aplicación a los cultivos. Tampoco se abordan las cuestiones sociales relacionadas con la organización del riego. Todo ello son limitaciones importantes desde el punto de vista de la historia agraria, si bien estos textos ofrecen una información ingente que facilitará a los historiadores la reconstrucción de ese pasado¹⁴.

En otros textos recientes podemos encontrar una mayor atención por estos problemas referidos a la huerta de Valencia. El libro de Mangué (2001) -tal vez el texto de mayor interés de cuantos comentamos aquí- sitúa el riego en un lugar central a la hora de explicar las características y la evolución del territorio huertano. Estamos ante uno de los lugares privilegiados del regadío español y aun del conjunto del Mediterráneo. En la formación del pasado agrario valenciano ha tenido, además, un papel fundamental, de tal modo que muchos observadores han tendido a identificar la huerta con el conjunto de un regadío que es mucho más diverso. Las razones son justificadas: su antigüedad, su extensión (unas 12.000 has. de regadío sin discontinuidades en 1863), su complejidad (lo integran varios sistemas de riego con su organización autónoma) y sus resultados agrícolas (rendimientos de los cereales comparables a los de la Europa Atlántica).

La impronta del regadío sobre el territorio es un proceso acumulativo que, en el caso de la huerta, tiene un alcance secular. Con algunos precedentes de la época romana, fue en el siglo X cuando comenzó a levantarse el entramado de lo que sería, con el tiempo, el sistema de regadíos de esta área. Las realizaciones del periodo islámico se configuraron como microsistemas hidráulicos que utilizaban aguas de origen muy diverso y estaban vinculados a pequeños núcleos de población o alquerías. El paso siguiente fue la integración de estos perímetros en redes de acequias de mayor extensión que derivaron el agua del Turia. Los musulmanes iniciaron su construcción, que continuaron los pobladores cristianos a partir del siglo XIII. En este cambio de escala y de protagonistas, los saberes hidráulicos empíricos pasaron de los musulmanes a los cristianos. Hubo continuidad, pero también cambios que afectaron al crecimiento de la superficie y

para consumo turístico pronto no tendrá ni sustrato físico ni contenciosos a los que referirse, conforme desaparezcan las tierras regadas o se adopte el riego localizado.

¹⁴ Véanse también las referencias al patrimonio hidráulico en FERRI (2003)

a nuevas formas de convivencia de los diversos usos del agua (molinería y riego fundamentalmente).

Otro aspecto de interés para la comprensión del modelo hidráulico de la huerta es el hecho de que la infraestructura de riego estuvo constantemente amenazada, al menos hasta la regulación de los ríos en el siglo XX. Las mismas condiciones físicas que hacían posible el riego de esta extensa llanura litoral la volvían vulnerable a las inundaciones por crecidas del Turia y de los numerosos pequeños cauces que canalizaban ocasionalmente las aguas de los montes que cercan el llano. La inundación parcial de la huerta era un episodio prácticamente anual y significaba, inevitablemente, la destrucción o el deterioro de los frágiles componentes de la red. Por lo tanto, el sistema de riego estaba en continua reconstrucción, lo cual implicaba a los agricultores individuales y a las comunidades de regantes. Ello exigía un uso abundante de trabajo y una disposición permanente para reparar y mantener los canales y éstos eran rasgos característicos de la agricultura de regadío.

El crecimiento superficial de los diversos perímetros, servidos cada uno por la red derivada de una acequia central (hay siete de ellas, que dependen del tribunal de acequeros, más la acequia de Montcada), dio nacimiento al macrosistema de riego de la huerta y creó la necesidad de perfilar los mecanismos de distribución del agua¹⁵. Mangué muestra cómo estos mecanismos se componían de elementos tanto inmateriales como físicos. Por un lado, normas orales o escritas, socialmente aceptadas. Por otro, construcciones sobre el terreno, realizadas en piedra para asegurar la inmutabilidad de las divisiones del caudal y de las cantidades de agua asignadas a cada derivación. Este conjunto de elementos que, para el observador no iniciado, podría resultar banal es una de las claves de bóveda de todo sistema de regadío en torno a la cual se producen los conflictos y los consensos. La dificultad de asegurar el funcionamiento de estos mecanismos ha sido una constante histórica y hoy mismo es un objeto central de atención para los planificadores del desarrollo agrario en el mundo¹⁶.

La conflictividad siguió presente en este macrosistema de riego, pero dentro de límites que no impidieron su continuidad y crecimiento a lo largo de tan prolongado periodo. El siglo XIX, con las nuevas estructuras políticas y el inicio del crecimiento económico contemporáneo, situó el regadío ante una refundación que tuvo manifestaciones diversas. La introducción del sistema métrico decimal en las mediciones hidrológicas no sólo sustituyó prácticas y parámetros empíricos de origen antiguo sino que facilitó la inteligibilidad de este complejo mundo acuático para los grandes terratenientes que, aunque ajenos al cultivo directo, tenían ahora que escenificar socialmente su implicación en la agricultura. Por otro lado, el tradicional conflicto entre usos del agua se inclinó del lado

¹⁵ Además de las grandes acequias que canalizaban aguas del Turia, en la huerta se ha hecho uso de acuíferos de menor importancia y que completaban, a pequeña escala, los grandes perímetros de riego. Un ejemplo: SALES (2000).

¹⁶ Véase como ejemplo DIEMER Y HUIBERS (1996). La fortuna con la que los regadíos de la Huerta resolvieron estos problemas en el largo plazo ha atraído la atención de diversos estudiosos, que han utilizado, para comparaciones internacionales, versiones (en ocasiones idealizadas) del pasado hidráulico de la huerta; véase MAASS (1986); OSTROM (1992); GLICK (1996).

del riego, en detrimento de su empleo como fuerza motriz, lo que no dejó de tener consecuencias para la industrialización de la zona¹⁷. El Estado liberal intervino en este mundo hidráulico en mutación, mientras se agudizaban los contenciosos entre diferentes acequias y, dentro de cada una, la pugna social por el dominio del agua. La conflictividad fue permanente durante las décadas centrales del siglo XIX y ha recibido la atención de los historiadores (Mangue y Martínez, 2000; Calatayud, Millán y Romeo, 2005).

El propio regadío se encontró con nuevos competidores cuando las captaciones de agua río arriba amenazaron la dotación hídrica de las acequias de la huerta (situada, no se olvide, en el tramo final del Turia). Nuevos conflictos y la necesidad de acuerdos que sustituyeran a los del pasado, se derivaron de todo ello. Una nueva etapa de desarrollo agrario se abrió paso entre estos cambios. Mangue -más atento que la mayoría de textos que comentamos a la evolución agraria- resalta la renovación de las bases biológicas de la agricultura de la huerta, que se inició con la introducción de nuevas plantas y variedades a cargo de terratenientes con preocupaciones agronómicas. En cierto modo, esta zona situada en las inmediaciones de la ciudad y susceptible de la supervisión directa por parte de estos personajes se convirtió en un laboratorio para el conjunto del regadío valenciano: durante el siglo XIX numerosos viveros, vinculados a veces a actividades de experimentación de nuevos cultivos, difundieron comercialmente semillas y plantas que sustituían o completaban las tradicionales. El paso decisivo en este proceso, ya a finales del siglo XIX, fue el abandono del cáñamo, antes omnipresente en la huerta, el retroceso del cereal y el auge de las hortalizas que iban a definir la imagen que, durante el siglo XX, ha tenido esta zona.

En el momento presente y tras la expansión urbana del último medio siglo, la red de acequias que tradicionalmente ha dado vida a la huerta ha sido profundamente transformada. Muchas tierras regadas han desaparecido y con ellas los canales que las abastecían. Quedan otras parcelas, en ocasiones separadas del resto del perímetro por obstáculos de todo tipo, y las acequias siguen canalizando el agua hacia ellas. Pero la red se ha vuelto irreconocible y sólo la capacidad de algunos estudiosos para reconstruir sobre el papel el trazado antiguo oculto en parte bajo una abigarrada mezcla de tejido urbano e infraestructuras viarias, nos permite identificarla. Es el caso de C. Sanchis (2004), quien ha acotado los perímetros regados y la evolución que han seguido en el último siglo y medio y ha mostrado las amenazas más inminentes que penden sobre ellos. El estado de las aguas y los canales es también precario. La contaminación con aguas residuales y productos químicos agrícolas ha avanzado durante décadas, sin que la ausencia de planificación de esta extensa y poblada área haya puesto remedio (Romero, 1999).

¹⁷ El estudio de los molinos hidráulicos como manifestación de una cultura popular del agua ha cobrado importancia en los últimos años. La huerta, especialmente poblada de estos artefactos y sus edificios, ha recibido también atención: ROSSELLÓ (1989); MANGUE (2000).

5. CÓMO EL CAMPO SE CONVIRTIÓ EN CIUDAD

La expansión urbana de Valencia y de su densa área metropolitana no puede ser objeto de atención aquí, a pesar de que también en este terreno se han producido aportaciones recientes de gran interés. Sin embargo, los mecanismos por los cuales el campo ha ido desapareciendo ante el avance de la aglomeración urbana pueden ilustrar cuestiones relevantes para la historia agraria.

Es importante resaltar que la existencia y la configuración de la huerta es inseparable de la presencia inmediata de la ciudad. Ha habido, históricamente, una complementariedad estrecha entre campo y ciudad, al mismo tiempo que una relación de conflicto entre ambos. Sólo en el último medio siglo el desarrollo respectivo se ha vuelto excluyente, en perjuicio del campo. La ciudad ha vencido y ello, en buena medida, porque ya no «necesita» a la huerta. Pero en el pasado no fue así y el estudio sistemático de esta relación espera todavía la atención de los historiadores. Algunos trabajos han ido acercándose desde diversos ángulos a esta relación, pero han resaltado, sobre todo, el conflicto y el choque de intereses, como sucede con el número monográfico que la revista *Afers* ha dedicado recientemente a la huerta. En él, J.V. Boira (2004) ha explicado el creciente desapego de la ciudad respecto al campo circundante a lo largo del siglo XX y lo ha relacionado con las sucesivas ampliaciones del suelo urbano, bien fueran ensanches burgueses -en cuyos planos las futuras calles se trazaban sobre el parcelario de la huerta- o barrios obreros menos planificados que reproducían a veces las formas de hábitat rural. Por su parte, E. García Monerris (2004) ha explorado un momento importante en la sustracción de espacio a la huerta por parte de la ciudad: la relación con los núcleos de población rurales. La pugna de Russafa por independizarse de la capital traducía el crecimiento agrario y la consolidación de élites locales de propietarios. Como en el caso de Patraix, que hemos señalado antes, se alcanzó esa autonomía en la primera mitad del ochocientos, pero por pocas décadas: el empuje urbano de Valencia acabó por absorber, incluso físicamente, estos municipios recientes. De forma complementaria, existen también estudios que han abordado la transformación del espacio agrario desde el ángulo de alguno de los numerosos municipios que rodean Valencia, como es el caso de Alboraiá (Delios, 1991)

Desde el punto de vista de la ocupación del territorio, en la que campo y ciudad se excluyen, el conflicto sólo se ha hecho decisivo en las décadas recientes. Hasta entonces, la ocupación urbana del suelo agrícola fue lenta y alumbró espacios mixtos con cierta perdurabilidad. De nuevo, el ya citado libro de Ignasi Mangue ilustra el proceso progresivo por el cual la huerta fue invadida por el tejido urbano y suburbano. La primera constatación es que, sobre un trasfondo común, ese proceso aconteció de forma diferente en las diversas partes de la huerta. En la zona del norte de la ciudad conocida como Marxalenes se dio un rasgo particular lleno de consecuencias. Allí se ubicó, durante el siglo XIX y de forma preferente respecto a otras partes de la huerta, un tejido industrial no desdeñable. El comercio y la transformación de la madera fue una de las actividades dominantes. Tenía en esta zona una larga tradición porque las condiciones eran favorables: la proximidad del río, con la ciudad en la otra orilla. Por el río llegaban troncos talados en las montañas interiores, lo que significó históricamente un empleo del curso

fluvial que entraba en conflicto con el regadío: las maderadas rompían en ocasiones los azudes de las acequias y, en caso de avenida, se convertían en terribles arietes para toda la infraestructura hidráulica. Su tráfico estaba extremadamente regulado y a ello contribuyeron las comunidades de regantes. Pero en el siglo XIX la expansión urbana, antes y después del derribo de las murallas de Valencia, generó una demanda al alza de madera para construcción y ello intensificó el tráfico e impulsó la industria transformadora.

A finales del siglo XIX, a los aserraderos se sumaron numerosas industrias metalúrgicas. En esta parte de la huerta se instalaron talleres como la Sociedad El Vulcano, Devis-Noguera o Domingo Gómez, dedicados, entre otros productos, a la fabricación de maquinaria de uso agrícola (máquinas de vapor, bombas de riego, molinos arroceros y harineros, prensas hidráulicas). Se materializó aquí, incluso como vecindad física, la complementariedad entre desarrollo agrario e industrial que fue, en esta etapa, un signo decisivo de la historia económica valenciana. En consonancia con ello, el sector agroalimentario tuvo una notable presencia en este territorio donde la fabricación de harinas había estado tradicionalmente implantada. Ahora, la transformación de productos agrarios se diversificó: blanqueado de arroz, licores, pastas, aceites de semillas, conservas. Al mismo tiempo se producía el paso de la fabricación artesanal a la industria a una cierta escala.

Todo ello transformó el paisaje rural anterior. Ciertamente, la huerta más próxima a la ciudad había sido siempre, como afirma Mangué, un espacio de transición entre la urbe y el mundo rural más distante, lo cual se plasmaba en una morfología peculiar y más compleja que lo que sería un ámbito puramente agrario. Pero con la intrusión fabril del ochocientos se produjo una etapa diferente. Las fábricas ocuparon tierras de cultivo y, con ellas, llegaron nuevos contingentes de población emigrante atraída por las oportunidades de empleo. El norte de la ciudad no se vio afectado hasta fechas más tardías por el ensanche que caracterizó al extremo meridional de la capital. Aquel nuevo hábitat periurbano no resultó de la planificación, sino que se configuró en buena medida siguiendo la morfología de los ejes viarios y los espacios de ámbito rural previo. Fue «... una preurbanización espontánea, masiva y anárquica» (Mangué, 2001: 199). Sin contar con barrios obreros diseñados como tales, la huerta de Marxalenes se transformó en un espacio particular, ni rural ni urbano, pero donde convivían ambas condiciones. Esa convivencia se plasmó en el hábitat y en su sustrato social: propietarios de tierras y arrendatarios tuvieron como vecinos a los obreros. Ya en el siglo XX, los procesos de ascenso social entre las clases vinculadas a la explotación agraria, que incluyeron la conversión de colonos en propietarios, fueron simultáneos a la aparición de estos nuevos pobladores, que no miraban ya al campo y sus ciclos sino hacia las tensiones relacionadas con las condiciones de trabajo y de vida en los nuevos barrios.

6. FINAL

La valoración social y medioambiental de los paisajes agrarios parece consolidarse desde el punto de vista de disciplinas muy diversas¹⁸. Considerada por la PAC como instrumento destacado para promover el desarrollo rural en economías avanzadas, esta valoración comienza también a materializarse en la legislación de países y organismos europeos, que asignan recursos a este objeto (de la Puente, 2002). Hay una «demanda» social en este sentido e intentos de dar respuesta a ella. Es así como podemos ver, por ejemplo, fondos europeos destinados a rehabilitar los abancalamientos de las áreas montañosas mediterráneas o a inventariar y conservar la biodiversidad de los diferentes sistemas agrarios. En este contexto, resulta escandaloso el abandono de la huerta a las llamadas «fuerzas del mercado» (que, naturalmente, están determinadas por opciones políticas y administrativas bien precisas) y la ausencia de cualquier plan de protección para ella.

Dejando de lado la cuestión de si existen, desde el punto de vista del patrimonio cultural, paisajes agrarios más valiosos que otros, parece obvio que las huertas suponen un grado de modificación de la naturaleza superior al de otros ámbitos agrícolas. El artificio que supone toda práctica de cultivo alcanza aquí niveles sofisticados. La construcción del parcelario de la huerta, indisolublemente unido a la red de acequias que la vivifican, es una compleja obra de adaptación a un medio al que, al mismo tiempo, transforman; y el trabajo de la tierra resultante, una minuciosa intervención en la que confluyen saberes múltiples. Por otra parte, quedan pocas huertas de tipo mediterráneo en esta área geográfica. Parecen existir, pues, razones para preservar una parte de este patrimonio que, desde diversos puntos de vista, resulta valioso. Sin embargo, el debate está abierto y son muchos, en la derecha y en la izquierda políticas, quienes consideran que la huerta carece de interés. Por otro lado, hay preguntas que necesitan ser contestadas: ¿cómo preservar un espacio y una actividad agrícola tan a contracorriente del crecimiento urbano que los acosa?; ¿qué tipo de preservación es deseable y factible?; ¿cuál es la extensión que, razonablemente, puede ser protegida? Para algunos, la huerta podría ser el equivalente de los bosques urbanos de muchas grandes ciudades, un espacio fundamentalmente dedicado al ocio y a la mejora ambiental de la aglomeración urbana. Pero la huerta no es nada sin la práctica agrícola cotidiana, por lo que aquel destino implicaría mantener, de alguna manera, la actividad productiva, en un momento en que, sin embargo, parece retroceder el proteccionismo agrario europeo. A su vez, los interesados en la agricultura orgánica han visto en ello una oportunidad para extender esta práctica agraria ante los ojos mismos de los habitantes de la ciudad.

En relación con esta posibilidad, puede ser decisiva una tendencia que se apunta en los sistemas alimentarios de los países desarrollados. Se trata de la revalorización que se viene produciendo de los cultivos locales. La búsqueda de la diferenciación de los productos se abre paso en pugna con la estandarización que se ha instalado en la cade-

¹⁸ Entre la amplia literatura existente véase GÓMEZ MENDOZA, 2001. El concepto de «demanda de paisaje» y los intentos de cuantificar las externalidades de los espacios naturales, se han abierto camino en los últimos años; véase, por ejemplo, RAMBONILAZA (2004).

na alimentaria desde hace unas décadas. Calidad, diversidad y connotaciones culturales asociadas a las prácticas gastronómicas son valores en alza. La respuesta a estas demandas puede revalorizar esta agricultura hortícola cercana a la ciudad y puede hacerlo mediante prácticas de cultivo más atentas al medio ambiente. Es preciso decir, sin embargo, que ello supondría un conjunto de actuaciones que nadie ha diseñado todavía.

Es probable que el futuro incluya, en diferente medida, algunos de estos elementos. Depende, desde luego, de la presión, social y política, que puedan ejercer los ciudadanos. Si la reivindicación organizada a la que hemos hecho referencia al principio ha tenido una respuesta modesta, no parece que haya sido inútil: comienzan a oírse tímidas declaraciones de responsables políticos sobre la necesidad de hacer «algo» con este espacio rural. En cualquier caso, habría que preguntarse si la «museización» -hipotético destino de algún fragmento de la huerta-, que el geógrafo Vicenç M. Rosselló deploraba recientemente, no es sino la certificación de la muerte definitiva de este espacio agrario.

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo se incluye en el Proyecto de Investigación BHA2002-01006 del Ministerio de Ciencia y tecnología y los fondos FEDER. Agradezco los comentarios de Enric Mateu, Jesús Millán y M^a Cruz Romeo así como de los evaluadores anónimos.

REFERENCIAS

- AGENCIA EUROPEA DEL MEDIO AMBIENTE (1998): *Medio ambiente en Europa. El Informe Dobris*, Luxembourg.
- ALGARRA, V.M. (coord.) (2003): *La Rambleta de la huerta de Favara. Patrimonio histórico y natural de la ciudad de Valencia*, Valencia, Ajuntament.
- ALGARRA, V.M. (2003): «Los inicios del proceso urbanizador en la huerta de Favara. Primera mitad del siglo XX», en ALGARRA (coord.), pp. 97-128.
- ALGARRA, V.M. y BERROCAL, P. (2003): «Las divisiones eclesiásticas y civiles de la huerta de Favara o de Patraix», en ALGARRA (coord.), 2003, pp. 51-58.
- ARCHILÉS, F., MARTÍ, O. y MARTÍ, M. (1995): *Trencament polític i canvi social. Elements per a un esquema de l'evolució política de l'Horta Sur (c. 1860-1905)*, Catarroja, Ajuntament.
- ARDIT, M. (2004): «Una mirada distant a les hortes valencianes: la perspectiva dels viatgers estrangers», *Afers*, 47, pp. 29-43.
- BESÓ, A. (1999): *Els horts de tarongers de Picanya. Arquitectura i paisatge*, Picanya, Ajuntament.
- BIOT, C. (1998): *La agricultura ecológica, alternativa para la preservación de la huerta de Valencia*, Valencia, Conselleria d'Agricultura.
- BOIRA, J.V. (2004): «El decurs i els discurs de l'extinció de l'horta. Camp i ciutat a València (1865-1966)», *Afers*, 47, pp. 93-110.

- BOLCHINI, P. y LORANDI, D. (eds.) (1982): *Metropoli e agricoltura*, Milan, F. Angelli.
- BURGUERA, M. (2000): *Negociando intereses rurales en el espacio urbano. Economía familiar y cultura política en l'Horta de Valencia en la segunda mitad del siglo XIX*, Valencia, Facultad de Geografía e Historia, tesis de licenciatura.
- CABREJAS, M. y GARCÍA, E. (1997): *València, l'Albufera, l'Horta: medi ambient i conflicte social*, Valencia, Universitat de Valencia.
- CALATAYUD, S., MILLÁN, J., y ROMEO, M^a C. (2003): «Repenser le fermage. L'agriculture irriguée dans la région de Valence au XIX^e siècle», en G. BÉAUR, M. ARNOUX y A. VARET (eds.), *Exploiter la terre. Les contrats agraires de l'Antiquité à nos jours*, Rennes, Association d'Histoire des Sociétés Rurales, pp. 241-254.
- CALATAYUD, S., MILLÁN, J., y ROMEO, M^a C. (2005): «Une administration apolitique? Bravo Murillo face à la société civile libérale dans les campagnes valenciennes» (*en prensa*).
- COURTOT, R. (1992): *Camp i ciutat a les hortes valencianes*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim.
- COURTOT, R. (2004): «Un voyage de Paul Vidal de la Blache en Espagne dans la Huerta de Valence (1906)», en VV.AA., *Historia, clima y paisaje. Estudios geográficos en memoria del profesor Antonio López Gómez*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, pp. 449-455.
- DE LA PUENTE, L. (2002): «El paisaje agrario en el discurso territorial de la P.A.C. y en la ordenación de los espacios rurales», en *Los espacios rurales entre el hoy y el mañana. Actas del XI Coloquio de Geografía Rural*, Santander, Universidad de Cantabria, pp. 233-242.
- DELIOS, E. (1991): *La agricultura en espacios periurbanos. El municipio de Alboraya*, Valencia, Generalitat Valenciana.
- Dictamen del *Consell Valencià de Cultura sobre la conservació de l'Horta de València (2004)*, Valencia.
- DIEMER, G. y HUIBERS, F.P. (eds.) (1996): *Crops, People and Irrigation. Water allocation practices of farmers and engineers*, Londres, Intermediate Technology Publ.
- DOMINGO, J. (1999): «Patrimoni natural a les hortes valencianes», *Mètode*, 22, pp. 16-18.
- FERRI, M. (2003): *La construcción del territorio valenciano. Patrimonio e historia de la ingeniería civil*, Valencia, Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos.
- FERRI, M. y SANCHIS, C. (1999): «Paisatge i patrimoni històric. L'Horta de de València», en VV.AA. 1999, pp. 63-69.
- FUMEY, G. (1997): *L'agriculture dans la nouvelle économie mondiale*, Paris, P.U.F.
- GARCÍA MONERRIS, E. (2004): «Més enllà dels murs. Conflictes entre València i Russafa a l'inici de l'època liberal», *Afers*, 47, pp. 45-66.
- GLICK, TH. (1996): *Irrigation and Hydraulic Technology: Medieval Spain and its legacy*, Aldershot, Variorum.
- GÓMEZ MENDOZA, J. (2001): «Las 'nuevas' funciones socioeconómicas y medioambientales de los espacios rurales», en GARCÍA PASCUAL, F. (ed.), *El mundo rural en la era de la globalización: incertidumbres y potencialidades*, Madrid, MAPA y Universitat de Lleida, pp. 111-147.
- GONZÁLEZ VILLAESCUSA, R. (1999): «Sobre drenatges i recs històrics a La Punta», en VV.AA., 1999, pp. 51-61.

- GOSÁLVEZ, V. (1998): *La barraca valenciana (1915) y Causas económicas de la desaparición de la barraca de la huerta valenciana (1942)*, Valencia, Colegio Territorial de Arquitectos.
- GUINOT, E. (coord.) (1999): *La Real Acequia de Moncada*, Valencia, Conselleria d'Agricultura, Pesca i Alimentació.
- GUINOT, E. (coord.) (2000): *La Acequia Real del Júcar*, Valencia, Conselleria d'Agricultura, Pesca i Alimentació.
- GUINOT, E. y SELMA, S. (2002): *Las acequias de la Plana de Castelló*, Valencia, Conselleria d'Agricultura, Pesca i Alimentació.
- GUINOT, E. y SELMA, S. (2003): *Las acequias de Elche y Crevillente*, Valencia, Conselleria d'Agricultura, Pesca i Alimentació.
- HERMOSILLA, J. (dir.) (2002): *El patrimonio del agua en el valle de Ayora-Cofrentes*, Valencia, Conselleria de Cultura i Educació.
- HERMOSILLA, J. (dir.) (2003): *Los sistemas de regadío de La Costera. Paisaje y patrimonio*, Valencia, Conselleria de Cultura i Educació.
- HOUGH, M. (1995): *Cities and Natural Process*, Londres, Routledge.
- LACOMBA, I. y ULL, M^a A. (1999): «La Punta i el Parc natural de l'Albufera», en VV.AA., 1999, pp. 25-28.
- LÓPEZ GÓMEZ, A. (1987): *Els embassaments valencians antics*, Valencia, Conselleria d'Obres Públiques.
- MAASS, A. y ANDERSON, R.L. (1986): *....And the Desert shall rejoice. Conflict, Growth, and Justice in Arid Environments*, Malabar, Krieger.
- MANGUE, I. (2000): «Séquies i molins a l'horta de València: la séquia de Rascanya, hidraulisme al marge esquerre del Túria», en T.F. GLICK, E. GUINOT y L.P. MARTÍNEZ (eds.), *Els molins hidràulics valencians. Tecnologia, història i context social*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, pp. 405-449.
- MANGUE, I. (2001): *Marxalenes: de alquería islámica a barrio de la ciudad de Valencia*, Valencia, Ajuntament.
- MANGUE, I. y MARTÍNEZ, A. (2000): «Conflictivitat hidràulica a l'Horta de València: la séquia de Rascanya al segle XIX», en *Actes del I Congrés d'Estudis de l'Horta Nord*, Meliana, Centre d'Estudis de l'Horta Nord, pp. 277-301.
- MARCO, J.B., MATEU, J.F. y ROMERO, J. (1994): *Regadíos históricos valencianos. Propuestas de rehabilitación*, Valencia, Conselleria d'Agricultura, Pesca i Alimentació.
- MODESTO, J.R. (1998): *A ús i costum de bon llaurador. L'arrendament de terres a l'Horta de València, 1780-1860*, Catarroja, Afers.
- OSTROM, E. (1992): *Governing the Commons: the evolution of institutions for collective action*, Cambridge, C. University Press.
- RAMBONILAZA, M. (2004): «Évaluation de la demande de paysage: état de l'art et réflexions sur la méthode du transfert des bénéfiques», *Cahiers d'économie et sociologie rurales*, 70, pp. 77-101.
- REY, M. DEL et alii (2002): *Alquerías. Paisatge i arquitectura en l'horta*, Valencia, Consell Valencià de Cultura.
- ROMERO, J. (1999): «Creixement sense desenvolupament (a propòsit del futur dels regadius històrics)», *Mètode*, 22, pp. 35-37.

- ROSSELLÓ, V.M. (1989): «Els molins d'aigua de l'Horta de València», en VV.AA. *Los paisajes del agua. Homenaje jubilar al profesor Antonio López Gómez*, Valencia, Universidad, pp. 317-345.
- ROSSELLÓ, V.M. (2004): «Les hortes mediterrànies. Perspectiva llunyana d'un ideal anacrònic», *Afers*, 47, pp. 129-135.
- SALES, V. (2000): «Petits regs a l'Horta de València. Els assuts del Carraixet», en *Actes del I Congrés d'Estudis de l'Horta Nord*, Meliana, Centre d'Estudis de l'Horta Nord, pp. 333-348.
- SANCHIS, C. (2004): «Les terres de l'Horta de València. Crònica de la recent reducció superficial del regadiu històric», *Afers*, 47, pp. 111-128.
- SANCHIS, C. y RUIZ, J.M. (2003): «La Rambleta. Aspectos geomorfológicos e hidráulicos», en ALGARRA (coord.), 2003, pp. 11-30.
Seminario Internacional sobre la huerta de Valencia, Valencia, Ajuntament.
- SORRIBES, J. (2001): «El malestar urbà a València: a propòsit dels 'salvem'», *Mètode*, 31, pp. 31-36.
- TORTOSA, F. (1994): *Actividades humanas y medio ambiente en el Área Metropolitana de Valencia. Un estudio cartográfico*, Valencia, Universitat de València, 1994, Tesis Doctoral.
- VV.AA. (1999): *Els valors de La Punta. 18 arguments en defensa de l'horta*, València, Universitat.